

maghenta
EDITORIAL

Las migraciones efímeras

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

1.ª Edición.

© Susana Villar Termenón, 2007.

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. +34 976 106 300
Fax +34 976 106 301
www.maghenta.com

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús

Depósito Legal: Z-1.493/07
I.S.B.N.: 978-84-935490-9-1

Impreso en Zaragoza, España. Marpa.

Las migraciones efímeras

SUSANA VILLAR TERMENÓN

maghenta
EDITORIAL

*A Marci,
sin ti nunca habría ocurrido,*

*Mil gracias, cielo,
sabes que te idolatro.*

AGRADECIMIENTOS

A Pipe, nuestro hijo, siempre creyendo en mí, tanto en mi época musical, como cuando me respeta en mis ratos aislados enfrascada en mis escritos.

No hace falta decir lo que te quiero.

A Víctor y Mari Nieves, mis padres, por haber estado ahí siempre a mi lado, hasta en momentos en los que todo parecía perdido.

Gracias, os quiero mucho, lo sabéis.

A Belén y Paloma, mis hermanas, gracias a vosotras me inicié en las letras y nunca podré agradeceréoslo bastante. Sabéis de mi enorme cariño por vosotras y todo lo que os concierne.

Certainly, it`s a great bound.

A Libertad Ancares, mi anam-cara argentina, por tu amor y paciencia demostrado a lo largo de los años, eres para mí muy importante y lo sabes...

¡Te lo dedico, reina!

A Marcos Lanchares y a Roberto G. Salán (e.p.d.), aquellas letras de nuestras canciones se iban combinando con los primeros párrafos míos como novelista. Siento enorme cariño por vosotros, amigos. Siempre habéis creído en mí, mil gracias.

A ti, Roberto, donde quiera que estés.

A María Jesús Alcalde y su marido Roberto Arias, y Matthew Taylor, mis queridos cuñados, mis suegros, María y Marcial (¡Qué gran cariño nos tenemos! ¿verdad?), mis queridos sobrinitos Álvaro, Beatriz Emily, Francisco Matthew, y Ainhoa; Rosi y Berto, Oskar y Ana del pub Morticia (“Es triste”), queridos amigos, a todos los músicos con los que viví momentos tan mágicos (¡David Flores, te recuerdo, amigo!), y a tanta gente que siempre me preguntaba cuándo iba yo a publicar algo... bueno, pues ya está, mil gracias a todos.

Os llevo en mi corazón.

Brevemente:

La historia que tienes entre manos, te la entrego tal y como salió de mi cabeza, sin correcciones en la trama. Quería saber si en literatura podía crearse como en otras parcelas del arte, de forma intuitiva, y captar así la esencia propia del autor sin corregir nada, y creo que sí, que tal forma de escribir puede darse. No se trata de escritura automática, no, previamente había varias imágenes dando vueltas en mi cabeza que quería desarrollar, pero sin haber trazado previamente un plan como hace normalmente todo al mundo cuando se enfrenta al trance de iniciar una nueva historia. No. Esas pocas imágenes en mi cabeza estaban ahí, pero no sabía cómo ni cuándo la propia trama de la historia me iba a llevar a ellas, por ello escribir me parecía emocionante cada día ante el folio en blanco, porque no sabía por dónde iban a salir los personajes, a los que les concedí toda la autonomía que sus roles precisaron para tal fin. No planifiqué nada, y una vez llegado el desenlace no modifiqué tampoco nada. Lo que tienes entre manos es un experimento que a mí personalmente me dio muchas satisfacciones durante el proceso de escritura y una celebración, como si de un parto felizmente resuelto se tratase, una vez concluido.

No deseo menos satisfacción para ti que inicias ahora su lectura.

Ponte cómodo. Nos vamos de viaje.

VIVO DE MILAGRO

Se armó un gran revuelo. El hospital, tan blanco, tan grande, tan tranquilo hasta pocos segundos antes, mudó de aspecto: parecía ahora un hervidero de hormiguitas que se movían enloquecidas de acá para allá. Unos, vestidos de batín blanco; otros, gritando histéricos en medio del bullicio y el desconcierto. Las otrora paredes de blanco gres brillante, reflejaban ahora el nervioso ir y venir de enfermeras, auxiliares, médicos y familias angustiadas, preguntando por sus parientes incansablemente. Los profesionales eludían a los nerviosos profanos que atestaban la sobria sala de espera.

Una ambulancia llegó, y otra, y otra más. De sus tripas salieron camillas portando personas sangrantes, respirando oxígeno de una botella negra. Una de ellas era un hombre de mediana edad. Otra era un niño de unos ocho años. Su aspecto era impresionante: su cara arañada sangraba por varios frentes; su brazo derecho mostraba, sin pudor alguno, el hueso.

Ahora traían a una mujer de treinta años, más o menos. Parecía la más grave. Estaba inconsciente, y le masajeban el pecho durante el recorrido de la ambulancia hasta cuidados intensivos. Por último, me han traído a mí. Tengo veinticinco años. Tampoco estoy consciente, y por eso me llevan directamente a la UCI del hospital. Preparan rápidamente el quirófano de urgencia. El hombre de mediana edad acaba de fallecer. Se oyen gritos de dolor en la sala de espera. Duermen a la mujer, aunque, dado su estado, no hubiera hecho falta. Tiene todo el golpe en la cabeza. Los médicos cierran nerviosamente la puerta del quirófano. Pasadas unas dos horas, salen de la sala de operaciones. La han perdido. Y ya van dos.

El niño se recupera en la UCI, y yo soy el siguiente en entrar en el quirófano. En la sala de espera no pueden creérselo. ¡Ella ha muerto también!

¿Qué será entonces del niño? “Se recuperará –dice el especialista–. Será lento, pero su vida no corre peligro.”

En cuanto a mí, sufro una fuerte conmoción cerebral; un golpe muy intenso en el pecho, que me provoca arritmias cardíacas, un pulmón encharcado, pérdida de dos dientes, y hemorragia interna producida por el bazo, reventado y necesitado de su extirpación. Respiro asistidamente y mi estado es precomatoso.

Percibo nuevos suspiros ahogados entre mis familiares. Una chica de pelo dorado baja los ojos y entrecorta su respiración. Un grito de dolor sordo sale de su boca mientras el médico que me atiende les comunica la realidad de mi estado. Las lágrimas pugnan por abandonar las cuencas de sus inmensos y hermosos ojos azules. Es mi chica, la que salía conmigo antes del accidente. Ella tiene suerte de no engrosar la lista de heridos, o la de los muertos. Ese día había preferido salir con sus amigas mientras yo me ocupaba de mis asuntos. Me alegro de tener con ella una relación no demasiado absorbente, eso le ha salvado la vida.

Siento cómo me alejo de todos esos recuerdos. Es como si hiciese dos años que no estoy con ella, aunque lo cierto es que fue anteayer cuando nos vimos la última vez. Estuvo bien. Fuimos al cine, a ver una de Al Pacino, que a ella le encanta, y luego estuvimos de copas durante dos o tres horas. Habíamos hecho planes para irnos a vivir juntos. Eso de tener que firmar por nuestra unión nos importa más bien poco: lo importante no es el papel, sino que lo nuestro funcione. Ayer, precisamente, ella me habló por teléfono de un apartamento que había quedado vacío en su barrio, que tenía una amplia terraza con vistas, y me comentó lo mucho que le gustaba. Había hablado con el dueño para ir a verlo. Tendríamos que ir mañana, pero, obviamente, yo no iré. Ojalá pudiera levantarme de aquí, para decirle lo que la quiero, y que vaya a ver el piso por mí, y que lo alquile si le gusta, que yo he de ponerme bien.

No es mala idea el irme a vivir con ella cuando salga de aquí, así tendré un estímulo para mejorar, y en ese barrio será todo nuevo para mí. Me parecerá menos aburrida la convalecencia.

Ella irá mañana a su laboratorio, y todos le preguntarán cómo estoy. Se derrumbará entre probetas y matraces, entre máquinas llenas de luces y

teclas. Se sentará, gemirá que estoy en coma ¿Lo estoy?, y que los médicos no saben aún si saldré de ésta; que por dentro casi reviento, y que todavía es muy pronto para saber si reaccionaré al tratamiento, que las primeras cuarenta y ocho horas son cruciales, etc.

Pero todos ellos ignoran que soy capaz de pensar, y que oigo sus comentarios y diagnósticos, y que vislumbro los rostros apesadumbrados de mis amigos, de mi familia, de ella...

No puedo recordar lo que pasó, aunque debió de ser algo muy grave a juzgar por lo que oigo a mi lado cada día. Me acuerdo muy bien de lo que hice ayer y los días anteriores, pero no consigo recrear lo que sucedió hoy mismo. Ni una sensación que evoque el momento de producirse mis lesiones, ni un flash como el que dicen que se presenta una décima de segundo antes de un impacto violento; creo que todo eso que quieren hacernos tragar no es más que una patraña para tener entretenidos a quienes no tienen más problemas que ver pasar el tiempo. Ni siquiera me salí de mi cuerpo como se dice. De hecho, si es cierto que mi estado es comatoso, no debería tardar en producirse mi primer viaje astral. ¿No es eso lo que nos prometen cuando perdemos la consciencia? Pues yo no lo he experimentado, y estoy ansioso de quitarme la eterna duda de encima. Algunos vuelven de su gravedad con la certeza de una vida futura tras la muerte. Yo siempre he dudado de todo, y esperaba que una circunstancia como ésta me ayudase a encontrar la verdad. ¿Me han administrado calmantes? Si es así, ¿eso del túnel puede ser una visión producida por la propia droga? Me temo que nunca lo sabré. Sea como fuere, aquí estoy postrado, esperando las respuestas.

LA VIDA EN EL DESIERTO

Una fina neblina lo llenaba todo. Era lo normal durante el riguroso calor en pleno verano. Estábamos bajo la octava luna, y hacía por lo menos cuatro que no llovía. Recuerdo la sensación de ahogo mientras el calor “podía verse” si mirabas hacia los lejanos cañones. El lecho del río mostraba su fondo sin asomo de pudor, y sólo las piedras diferenciaban su árido lecho del resto de la llanura. Su brillo confundía a los pájaros, que a menudo bajaban al inexistente cauce, al río sólo de piedras, a la sequedad agobiante. Descendían con sus alas abiertas, planeaban sorprendidas, y alzaban el vuelo nuevamente. Pienso que ellos se sentían tan frustrados como nosotros. El tiempo sigue pasando, y nada ha cambiado. Mi pueblo tiene sed. El ganado también, aunque nadie sabe preguntarse por qué.

Nací en esta tierra inhóspita. Este es mi decimonoveno estío, todavía ignoro si quiero independizarme. En mi familia me dicen que no tenga prisa, que escoja bien, y yo les hago caso. Me aman tanto como yo a ellos, así que respeto sus consejos. En mi pueblo respetamos la opinión de los mayores, pues si siguen vivos es porque su sabiduría les ha guiado hacia su respetable ancianidad.

Nuestra felicidad como pueblo depende, entre otras cosas, del agua, que parece negarse a caer sobre nosotros. Nuestro hombre espíritu nos ha llamado a la danza esta misma noche. Si después de dos días no llueve, el Consejo del pueblo se reunirá para buscar una solución al problema.

Queremos creer que los dioses de la Tierra no nos han abandonado a nuestra suerte, por eso bailaremos para ellos. También para aplacar su ira, si es que de algún modo los hemos enojado.

Las chicas se engalantarán, y yo las miraré bailar. Dicen que de un rito nace otro rito. No tengo prisa, ya digo, y aún así las miraré, porque siento que mi cuerpo “se mueve” por dentro, y esa desazón me dice que ya soy un hombre. Bailaré

con los guerreros emplumados. Yo soy guerrero también. Mi tocado lleva una pluma de una vez que maté a un enemigo, durante una batalla para defender el poblado. La llevo con orgullo, no porque represente el alma de un enemigo muerto, sino porque ya puedo ser útil para mi pueblo, mi infancia ya ha quedado atrás.

El calor se masca, y el sol, la bola amarilla que todo lo quema, amenaza ahora con envolver en llamas la tierra de detrás del horizonte. Cuando caiga tras los secos cañones y la luna aparezca, entonces saldrán los míos de sus casas, y el rito comenzará. El hombre mágico invocará al Espíritu del Agua para que nos bendiga con su presencia. Quiero que sea un éxito. Hace tiempo que no me doy un baño de los que a mí me placen, dejándome llevar por la fina corriente. Desde hace bastantes días, nos aseamos el cuerpo y la mente en los refugios del sudor, en los que buscamos nuestra renovación corporal y mental al mismo tiempo.

Me llamo Wicket-nishamaye , que significa “Pájaro que vuela”, porque de pequeño me escondía para observarlos durante largas horas, mientras bebían, volaban, o alimentaban a sus crías. A veces subía a la Montaña Alta, tan árida y marrón, para estudiar los nidos de la cárcava. Entonces los ancianos empezaron a llamarme así. Dijeron que llegaría a ser un experto en aves, y nunca han dejado de interesarme, eso es verdad.

El sol se marcha por el lejano horizonte. Voy a vestirme con mis mejores ropas para complacer a los dioses con mi aspecto preocupado. No quiero que la danza salga mal por mi culpa. Para esto, en mi pueblo todos somos importantes.

Me gusta mirar al cielo cuando el sol se va. Las pocas nubes que lo surcan allá arriba toman un color rojizo, tan rojo como el color de nuestra piel, y el cielo adopta tonos irisados que van desde el rojo al violeta. Esas sensaciones duran unos pocos instantes, y luego llega la enorme bruma que todo lo llena. Parece una nube negra como las de lluvia, pero no es más que la mano de la noche que a todos nos cubre, y con ella huye la luz espantada, como alérgica, incómoda por la ancha oscuridad.

Como dicen los ancianos, la vida es como una larga danza, en la que el fuego lo centra todo. Así vivimos nosotros, sedientos, debilitados, mas con un espíritu fuerte que el fuego alimenta con suprema vivacidad. De esta manera transcurre toda una vida en una sola noche. Una luna redonda preside nuestros cantos, nuestros movimientos, como si fuera la emisaria de los dioses recogiendo nuestra petición y lanzándola a los cuatro vientos, con la esperanza de que alguien escuche nuestro lamento.

**TE RECUERDO, SELVA,
Y DE CÓMO HE LLEGADO HASTA AQUÍ**

—Sigue inconsciente —dice la enfermera—. No hay cambios en su estado. Lo lamento —se marcha.

Has venido a verme, hermosa Selva. Tus cabellos recorro con mi memoria, tan brillantes... a juego con tus ojos de océano. Te recuerdo, bonita mía, cruzando una calle para contarme tus cosas antes de salir juntos. Aún puedo sentir cómo el mundo cambiaba y desaparecía cuando te tenía enfrente. Sólo tú brillabas sobre las demás, que no eran más que oscuridad a tu lado, y cómo lo llenabas todo para mí. No puedo verte, pero sé que estás aquí, muy cerca. Percibo tu aroma, aunque siempre dices que no es más que desodorante que te pones por las mañanas. Mas para mí, ese perfume inconfundible eres tú, tú y no otra, querida mía. Y ahora has venido a verme, mientras yo estoy aquí postrado, sin poder responder a tus besos, ni mirarte, ni tocarte. ¿Existe castigo más grande? ¿Merecía yo tal afrenta del destino? Tal vez, linda Selva, porque mi sentimiento hacia ti puede representar el peor de los pecados. Porque me vuelves loco.

Recorrí tu cuerpo con mis manos, y sentí que tenía que acercarme aún más a ti. Más y más. Introducirme en ti y enloquecer por un momento en medio del cenit. Cuando te besé por primera vez, un escalofrío recorrió mi espalda, y el estómago hormigueaba. Tú te estremeciste de igual modo, y perdimos el norte como una brújula loca, cuyo imán gira y gira, buscando aquello que perdió y ya no hallará.

Recuerdo tu primer rechazo hacia mí, porque salías con otro chico desde hacía mucho tiempo. La rutina se había instalado en lo vuestro como un cáncer, y yo aparecí en medio de la niebla para extirparlo, y ocupar un lugar en

tus sueños. Me disgustó, y al mismo tiempo me admiré de tu honestidad al reconocer vuestro fracaso, toda tú llena de dolor por lo irremediable del final. Pero me buscabas, ibas y venías, te hacías la encontradiza, y ese juego me complacía, aunque también me inflamaba de impaciencia por que fueras mía por fin. Creo que te quise desde entonces.

Después era yo el que jugaba a buscarte. Dejaba a mi chica de entonces en casa –¡cuánta complicación!– e iba en pos de ti, porque sabía por dónde te movías, y yo quería verte, Cristo, ¡cómo quería verte! Hasta entonces siempre me había infundido gran respeto el hecho de enamorarme, pero ante ti, ese miedo desaparecía, y se transformaba en la misma pasión que ahora siento desde la cama articulada de este hospital.

Siento que todo empieza a desvanecerse en mi interior. Es como si mi consciencia quisiera relajarse y olvidarse de sí misma, para dejar el puesto a su prima hermana, la inconsciencia. Tal vez se parezca a un mareo intenso, a una sensación repentina de amnesia. Como dormirse poco a poco, así dicen que se sienten los que mueren asfixiados por algún gas casero, aunque ninguno de ellos ha escrito una tesis sobre su dulce muerte, sobre su leve desmayo. Me pregunto si, metido en mi inconsciente podré pensar con la claridad con que lo hago ahora. A lo mejor logro regresar a mis orígenes, como cuando era nonato, y todo eso. No se me permite seguir así... ahora, me voy.

Os hablo a vosotros, papá y mamá.

Cómo os gustasteis nada más conoceros. De acuerdo que eran otros tiempos, más difíciles, creo yo, porque debíais guardar una honestidad de cara a la sociedad, que me consta que os costaba preservar. La mayoría de la gente se escondía para los contactos mínimos entre personas que son pareja; cogerse de la mano por la calle estaba muy mal visto, y no digamos ya lo de los besos. Los curas de entonces debieron de escuchar confesiones de adolescentes asustadas, que hoy serían tachadas de ñoñas, pero cuyas conciencias vivían atormentadas por supuestos pecados que nunca fueron tales, ni incitaban a acto impuro alguno. Y si alguna de aquellas muchachas era sorprendida en tamaña ofensa al honor, era automáticamente marcada, señalada con el dedo, vilipendiada y despreciada; se hablaba de ella en adelante como de “una perdida”. Un beso inocente perdía a las muchachas. A los chicos, no. La sociedad estaba montada así, cuando, padres, siempre se supo que para un contacto con el otro sexo se necesita la mínima colaboración de

los dos. Vosotros fuisteis pacientes, supisteis esperar a quererlos “del todo” tras obtener el permiso de Dios y del Estado.

No sé muy bien en qué momento fui consciente de mí mismo. Creo que estuve flotando durante algún tiempo, hasta que supe dónde me encontraba. Nadé y nadé a mi antojo durante largo tiempo. La oscuridad hacía que chocase a veces, pero no me hacía daño. Las paredes de mi cuarto eran elásticas y suaves, leves y esponjosas. Podía tocarlo todo a mi alrededor. Si sentía hambre, sólo tenía que aspirar fuerte hacia adentro, y me calmaba sin tener que luchar por la comida.

El tiempo transcurrió, y sentí cómo mi habitación había encogido, y mi movilidad se había restringido bastante. Aquello era nuevo para mí, lo mismo que los días en los que comencé a notar unas cosquillitas muy agradables, mientras algo que yo no comprendía me apretaba suavemente, me soltaba, y me volvía a apretar. Entonces yo me enfadaba, y me movía, y cuando lo hacía, podía oír un eco a lo lejos, que me gustaba y atemorizaba al mismo tiempo. Ocurría siempre que yo me enfadaba, golpeando las paredes de mi cuarto-prisión.

Y mientras todo esto sucedía, el lugar encogía más y más. Hasta que un buen día vi que ya apenas podía moverme. Me sentía aprisionado, y pensaba que no podría seguir allí, si mi dormitorio continuaba encogiéndose. Empecé a arañar la fina pared con mis blandas uñas, y... ¡Ay...! La lié de verdad. Toda el agua en la que me había estado bañando desde que tenía conciencia, se esfumó. Me quedé seco e irritado. Entonces percibí señales de agitación en el edificio que contenía mi cuarto, como un terremoto que emite ondas, más y más grandes cada vez. Me asusté un poco al principio, mas enseguida me calmé, y me puse a pensar: “¿Y ahora qué hago?” Fue cuando me di cuenta de que el pequeño agujerito que hice con las uñas podría ser agrandado con un poco de paciencia. Empecé a excavar porque había pensado que tal vez así podría hacer mi cuarto un poco más grande, más cómodo para mí.

Excavé y excavé y cuando creí haber terminado, una fuerza irresistible me obligaba a avanzar por un pasillo estrecho, oscuro y elástico. Decidí no resistirme a mi instinto aventurero, y recorrí trabajosamente, eso sí, aquel lugar de transición que parecía no tener fin. Llegó un momento en que me quedé atascado, y no podía seguir avanzando, pero tampoco retroceder. Ni para adelante, ni para atrás.

“¡Quién me mandaría a mí salir de mi cuartito caliente, pequeño (ya no) y confortable!”. Mis pensamientos se agolpaban uno tras otro, y pensé que mi vida se extinguiría allí mismo. Entonces, cuando la esperanza se iba disipando, un nuevo terremoto se produjo, y pude avanzar un poco más. Esto me ocurrió tres veces más; me atascaba, y el terremoto venía y me ayudaba en un viaje que parecía no acabarse nunca.

Por fin pude vislumbrar el final del pasillo, y un resplandor desconocido para mí me cegó por un momento. Entonces sentí un fuerte tirón, y ya no estaba en el edificio. Ahora todo era una luz cegadora a mi alrededor.

Era el siete de junio de 1971.

EL RITO DE LAS SÚPLICAS

Comenzó la Danza al amor del fuego y los tambores. Toda la gente se engalanó para agradar a los dioses en la súplica, especialmente las chicas jóvenes que buscaban formar una familia. Comimos el piki, que es otra forma de preparar el pan de maíz, con agua y ceniza de madera, bien mixturado con la harina de maíz que cultivábamos en la seca llanura, y cocido en una piedra caliza de gran tamaño que habíamos previamente untado de grasa. Bebimos aguardiente de saguaro, preparado días antes por nuestras madres y abuelas, y convertido en mágica bebida después de que nuestro hombre espíritu, mediante ritos secretos, lograra que la inocente bebida del fruto llamado saguaro cobrara propiedades que agradan a los dioses cuando lo bebemos en nuestros rituales.

Bailamos toda la noche, y noté cómo algunas jóvenes me dirigían miradas a las que contesté con mi indiferencia. Creo que, en el fondo, me preocupan más los problemas de todo el pueblo que el hecho de emparejarme, aunque comprendo que algunas de ellas estén ansiosas por sentirse mayores. Supongo que es porque ellas crecen antes, maduran de otro modo. Probablemente llevan tiempo intentando captar mi atención, pero yo no me he dado cuenta.

Además, si escojo ahora, será como insultar a las que no elija, y yo no quiero crearme enemigos en mi pueblo. Lo haré sólo cuando sienta en mi interior algo que me impulse de forma incontenible a vivir con una mujer, y eso es algo que no ha sucedido todavía, así que, a esperar. Será lo mejor, y mis padres están de acuerdo conmigo.

Como decía, bailamos sin descanso hasta que salió el sol. Ahora era cuestión de esperar noticias buenas del cielo. Es curioso cómo se extrañan las nubes cuando no hay más que azul. Nuestro hombre espíritu dijo que sólo

esperaríamos tres soles, porque nuestra situación era muy difícil para nuestros animales, nuestros cultivos, y para nosotros. Si en ese plazo no lloviese, sería convocado el consejo tribal para decidir qué hacer.

El día siguiente amaneció mostrando un cielo límpido y raso. Nadie podía disimular su disgusto al salir a acometer las tareas diarias. Sin embargo, ninguno de mis hermanos dijo nada. Suponíamos que algo terrible habíamos tenido que hacer para merecer la indiferencia por toda respuesta a nuestros intentos de sobrevivir. Y eso sí que nos preocupaba a todos los miembros de la comunidad, porque en nuestro interior, sentíamos que ninguno de nosotros merecía ser castigado. En mi pueblo no hay algaradas ni peleas casi nunca. Tratamos de vivir lo más en paz que podemos, y sólo sale nuestra vena guerrera cuando algún otro pueblo amenaza nuestra seguridad. Si no, somos un grupo pacífico.

Los ancianos miraban al cielo con preocupación. Las ansiadas nubes no llegaban, tampoco dos días después. Entonces, uno de mis hermanos se enfureció durante la reunión que solíamos celebrar cada noche después de cenar. Los mayores hablaban del tema, de cómo habían solucionado este problema a lo largo de sus longevas vidas, pero sus palabras no parecían tranquilizarnos a ninguno de nosotros. Fue inútil: Nayiwah, o “El que pone trampas”, se alzó con su lanza en la mano, y habló así:

—¡Hermanos, pueblo todo! No podemos seguir maltratándonos así por falta de agua. No podemos ver cómo mueren nuestros hijos y nuestros animales de sed y calor. Tenemos que hacer algo, y a mí se me ha ocurrido ese algo.

—Habla —dijo el jefe Kowanak en tono solemne—. Mañana celebraremos la Reunión de los Tres Días, y en ella os diré lo que pienso. Es verdad que no podemos esperar —añade el jefe—. Mañana puede ser tarde. Habla, pues.

—Bien. Pienso que, si aquí no gozamos de unas condiciones de vida dignas, sólo nos quedan dos opciones, a saber: intentar traer el agua de otro sitio donde abunde, o abandonar nuestra tierra en busca de una menos rigurosa. Si escogemos lo primero, deberemos esforzarnos en construir grandes odres de piel en los que transportar el agua; o quizás intentar desviar algún río hacia nuestro poblado. La otra opción me parece la más razonable. Tenéis hasta la reunión de mañana para pensar qué hacemos. Lo único que

no podemos permitirnos es seguir esperando el fin de nuestro pueblo. Morir de sed debe de ser muy duro.

Un rumor se elevó por encima de nuestras cabezas. Los hermanos pensaban. Con la cabeza asentían a lo que él nos había dicho, y, me sentí mal por habernos siquiera sugerido la posibilidad de abandonar nuestra tierra. Pero no se nos presentaba otra solución. ¿Había traicionado Nayiwah a los espíritus de nuestros antepasados, por haber pensado en dejar los parajes en los que vivieron y ahora reposan? ¿Cómo solucionaron este problema cuando se les presentó? A lo largo de mi vida, siempre faltó el agua en ciertas estaciones del año, pero nunca como ahora. Nuestro reto era pensar, y juntos decidir. El futuro estaba por dilucidarse; el porvenir de todo un pueblo, el dilema más serio que los dioses habrían nunca planteado a unos cientos de personas desesperadas, pesaría como una losa sobre nuestra decisión, cualquiera que fuese. Mientras tanto, mirábamos al cielo aguardando alguna señal.

UNA DECISIÓN MUY PERSONAL

Mi llegada produjo una gran cantidad de cambios en el mundo de mis padres. Supongo que tal cosa ocurre en cada familia a la que se incorpora un miembro más. Para empezar, su libertad se vio seriamente recortada; si querían salir sin mí tenían que llamar a alguien, que podía ser una de las abuelas, o una desconocida. Yo prefería a cualquiera de mis dos abuelas antes que a la monetaria frialdad de una canguro profesional, pero mi opinión no era todavía tenida en cuenta, entre otras cosas, porque mis padres y yo no hablábamos el mismo idioma, ni veíamos el mundo desde la misma perspectiva.

De mi estado de preidiotez no recuerdo nada más excitante, a parte del hambre que sentía por las noches, y la sensación de llevar continuamente una almohadilla en el trasero. Nada, hasta que llegó el día de mi bautizo, en el cual, creo que dejé traslucir mis ideas liberales y antitradicionales; o, para ser más exacto, digamos que la lié. Y bien. Todos se preguntarán qué puede hacer un niño de teta para liarla, porque se nos considera idiotas e incapaces de pensar cuando sucede precisamente lo contrario. Pues muy fácil. No me hacía mucha gracia darme un baño de agua fría en pleno mes de noviembre.

Por otra parte, mis padres consideraron que ya era hora de que yo ingresara en su comunidad religiosa, a la cual llevaba unos meses asistiendo cada domingo; por cierto, vaya rollos suelta el tipo ese de las sayas largas: parece que nunca tiene bastante, y no acaba nunca con sus sermones en menos de media hora, según el rato largo que tardan en moverse las manecillas del reloj de oro de mi madre.

Pues lo que hice me resultó muy fácil. Sólo tuve que contener la respiración un ratito para provocarme un colapso. Todas esas personas mayores que habían venido a casa esa mañana para colmarme de regalos se asustaron

mucho. Se produjo un gran revuelo, al que nadie pudo sustraerse, pues mi color de cara había tornado lívida, porque creo que me excedí un poquito con “el ratón”.

Me llevaron inmediatamente al hospital del distrito para intentar salvarme la vida. Las horas iban pasando, y en el hospital les dijeron a mis padres que yo estaba perfectamente, pero que debería quedarme un día o dos en observación. ¡Bingo! ¡Lo conseguí! ¡Conseguí retrasar el momento tan temido, con todo lleno de viejas lijándome la cara con sus rostros barbudos, acanala-dos y ásperos! Al menos, de momento.

Lo peor vino cuando los médicos comprobaron que era yo el que provo-caba ese estado de shock. Creí que no se darían cuenta, pero no había conta-do con los medios técnicos del hospital, que captaba perfectamente cualquier anomalía, que en mi caso no existía por ningún lado.

—No lo entendemos, señor Franklin. Nos cuesta trabajo creer que un niño tan pequeño pueda tener tendencias suicidas.

—Perdón, ¿cómo dice? ¿Te... tendencias suicidas?

—Es lo que deja traslucir el informe del médico psiquiatra del centro. Lo pusimos bajo su atención al captar la enfermera cierta tendencia a dejar de respirar a voluntad.

—¿Cómo pudieron percatarse de algo así? —Mi madre no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Muy sencillo. Volvía a respirar normalmente al ofrecerle una golosina. En ese momento podía más su impaciencia que su deseo de morir.

—¡No diga más tonterías, por el amor de Dios! ¿Cómo va a tener un bebé de cuatro meses deseos de morir?

—Sabemos muy poco de psicología infantil antes de aprender a hablar. Creemos que ellos, tan pequeños, no piensan como nosotros, pero poco a poco se van descubriendo cosas, aunque los progresos son muy lentos. Lo consultamos con el mejor psiquiatra de Washington, y parece ser que se conocen casos de lactantes que de un día para otro renuncian a vivir, y son encontrados muertos en su cuna sin causa aparente. En sus certificados de defunción suele leerse “Muerte por parada cardiorrespiratoria”, y nada más. Evidentemente, esas causas de defunción se escriben por poner algo, porque

todo el mundo muere de una parada cardiorrespiratoria. Lo que varían son las causas que producen el colapso.

—No puedo creer lo que oigo... —Mi madre no sabía si llorar, o esperar a hacerlo una vez en el coche de vuelta a casa.

—¿Y qué podemos hacer, doctor? —Mi padre no se sentía mucho mejor.

Les sugiero que no le pierdan de vista ni un solo momento. Contraten a alguien para ayudarles con los turnos. Un momento de desatención, y...

—¿Podría... morir?

—Lo siento. Sigán trayéndolo al centro cada semana, para estudiar su caso lo más de cerca que podamos. Y, por supuesto, tráiganlo a urgencias si notan algo raro, por poco que sea.

—Gracias, doctor. Haremos todo lo que usted dice.

Durante el trayecto a casa, dos días después del domingo de mi supuesto bautizo, mi madre estalló a llorar desconsoladamente. Mi padre, con su enorme bigote, dejaba entrever una cara de circunstancias que no le sentaba nada bien. Cuando me pusieron en mi cuna, se me quedaron los dos mirando con miedo.

—¡Será posible, tan pequeño, y ya piensa en morirse!

—Eso es porque no le gustamos, John...

—No digas eso. Tampoco hemos sido malos con él...

—O será que no comparte nuestras ideas.

—¡Eso es! ¡No quiere ser bautizado!

Mi madre le miró como diciendo "¡Pero qué necedades se te ocurren, John!". Y, sin embargo, cuando mi padre dijo eso, empecé a moverme y a reírme de felicidad. Tú sí que me entiendes, papá.

—¿Lo ves? ¡Mira cómo reacciona cuando hablamos del bautizo!

—No puede ser... ¿Tú crees? ¿Qué sabe él lo que es eso? ¡Oh! Mi bebé no quiere ser bautizado. No tiene ningún sentido...

—Hagamos una prueba —mi padre me miró fijamente—. ¡Bautizo!

Comencé a llorar y a patallar, hasta que mi padre habló de nuevo.

—Está bien, no llores. No va a haber bautizo, ¿eh? Nada de bautizos por ahora.

Entonces recuperé la sonrisa, y mi llanto desapareció.

—¿Lo has visto? Simplemente no quiere ser bautizado, Helen.

—¡Pero qué clase de diablillo tenemos por hijo! ¿Eh?

—No querida, no es un demonio. A lo mejor es que quiere ser mayor para decidir qué hacer...

Levanté mi dedo índice de la mano derecha hacia él, en señal de aprobación. Y ellos parecieron entenderlo. No tuve ningún ataque más durante un tiempo, y la tranquilidad volvió a casa. Lo mejor es que, el siguiente domingo pasó sin pena ni gloria, y el siguiente, y el otro...

LA REUNIÓN DE LOS TRES DÍAS

El pueblo se reunió al día siguiente. La gente se sentó en forma de círculo alrededor del fuego. Los ancianos se mostraban serios y circunspectos, porque la decisión que tomaran esa noche, de algún modo amenazaba con cambiar la vida de todos. El más anciano tomó la palabra.

—Amado pueblo. Los dioses nos niegan, una vez más, la llegada de las lluvias. Les hemos implorado conjuntamente clemencia y ayuda, pero parece que no nos han escuchado. Hemos purificado nuestros cuerpos y almas en su honor alrededor del fuego, mas, vemos que esta vez no estuvieron presentes aquella velada. Nos estamos muriendo de sed, esa es la realidad. Os hemos convocado aquí para discutir sobre las soluciones a este problema tan serio que se cierne sobre nosotros. Si alguno ha pensado en algo, este es el momento en el que debería contarlo, por el bien de todos.

Nayiwah se puso en pie casi al instante. Y habló.

—Ayer estuve hablando con alguno de vosotros de lo que pienso y hoy voy a repetirlo ante todos para ver qué es lo que pensáis. Dije que no podemos seguir así, y que, para evitarlo, sólo nos quedan dos opciones: la primera es aferrarnos a la tierra, y traer el agua de otros lugares, bien en odres de piel, bien trayendo el agua de los grandes ríos, construyendo nosotros otro pequeño que llegue hasta aquí. Estas dos soluciones creo que son, la primera fatigosa, porque deberían recorrerse muchas tierras todos los días para buscar el agua, y la segunda, laboriosa, porque requeriría un gran esfuerzo por nuestra parte para desviar parte de un lejano río que quisiese enviarnos sus preciadas aguas hasta este desierto nuestro.

—La segunda opción —continuó— es aquélla que nadie quiere oír, pero que veo como la más razonable, y, no te enojas pueblo conmigo si sugiero

el trasladarnos a vivir a algún paraje menos conflictivo, duro e inhóspito – un murmullo rompió la armonía que reinaba hasta entonces en la reunión-. Al otro lado del horizonte de poniente hay unas tierras que ya he visto, vastas llanuras, multitud de árboles que vadean ríos y lagunas que nunca se secan. Ese sería el lugar. Tampoco está tan lejos, y cada año podríamos venir a visitar y cuidar de nuestros antepasados, para que no sientan que los hemos abandonado y olvidado. Pensad en que nuestro deber como pueblo vivo y libre es sobrevivir, y asegurarle un futuro más fácil a nuestros hijos. Ellos serán más felices por no tener que preocuparse por lo que hoy nos está matando. Pensadlo. He terminado –se sentó.

—He oído –dijo el hombre espíritu Wikandu Niwa-. ¿Qué pensáis de lo que Nayiwah (Hombre Trampa) dice? Este año la sequía está siendo excepcionalmente más dura, pero eso no puede pensarse que vaya a ocurrir cada año. Nuestro pueblo lleva asentado en esta tierra desde hace catorce generaciones, y siempre ha sobrevivido a cada verano. Por eso, no creo que sea bueno pensar en abandonarla sin luchar por ella, que sustenta y contiene los cuerpos de los que nos precedieron.

—Catorce generaciones –replica Nayiwah– no son todas las que forman nuestro pasado, ya que si vinimos aquí fue porque la tierra anterior ya no era buena para nuestros mayores. Del mismo modo, esta tierra no está siendo buena ahora para nosotros. Si nos vamos en busca de un mayor bienestar, nuestros descendientes no nos lo reprocharán, ya que todo este esfuerzo va en beneficio también de ellos. Como mucho pensarán lo duro que debió de resultarnos tomar esta decisión, y aún más cumplirla. A sus ojos seremos el pueblo decidido y valiente que deseó mejorar su vida, llevándose sus tradiciones, sus recuerdos y su cultura, allí donde quede uno de nosotros.

El más anciano preguntó a todos qué pensábamos.

—Decidamos lo que quiera la mayoría. Tenéis hasta después de la cena para decidir; entonces votaremos, y lo que salga será lo que hagamos. Pero antes, pensadlo bien. De vuestra decisión depende nuestro futuro y el de las próximas generaciones. Ahora, levantemos el círculo para cenar.

Nos levantamos, y nos reunimos con nuestras familias para la cena. Los míos no pensaban todos lo mismo. Los mayores no querían irse, pero los jóvenes deseaban un cambio. No creían que eso de traer un río hasta nosotros

fuese posible, ni mucho menos que los varones jóvenes se dedicasen sólo a ir y venir trayendo agua desde muy lejos cada día. Las mujeres pensaban lo mismo. Decían que un pueblo debe mantenerse unido donde quiera que esté, y las dos primeras opciones separarían a parte de los chicos del núcleo tribal, alejándolos del aprendizaje de nuestras leyes y costumbres.

Sin embargo, también se entristecían si pensaban en dejar a sus padres, hermanos, amigos, a todos sus antecesores en las tierras sagradas en las que descansaban, porque sería como escindir una parte de nuestras historias de la vida cotidiana de las gentes de este pueblo. Así que, no había ninguna dirección clara por la que decidirse, aunque la idea de emigrar predominase, dado el predominio numérico de gente joven y emprendedora en mi familia.

Después de la cena, nos dirigimos al centro de la hoguera, donde ya iban llegando todos poco a poco para concluir el Consejo. Nos sentamos los integrantes de las familias que debíamos emitir nuestros votos. El ambiente era un poco tenso, se captaba la tristeza en un aire seco y tremendamente cálido, el único problema serio que la comunidad había sufrido desde su asentamiento en estos parajes hace catorce generaciones. Los rostros de las mujeres mostraban un dolor incontenible; los de los hombres, una seriedad que ninguno de ellos quería, porque mi pueblo siempre había sido alegre y feliz; mas esta situación debía solventarse de un modo u otro; nadie soportaría más la sed y el hambre que ésta propicia. Una vez acomodados todos, el jefe Kowanak habló así:

—Hermanos, los que estén a favor de permanecer aquí esperando las lluvias, que alcen sus manos hacia el cielo.

Lo hicieron seis personas; el resto levantó un suave murmullo.

—Ahora, álcenla los que prefieran la opción de emigrar —en ese momento, el murmullo se hizo mayor, y mi pueblo puso su mirada más allá del horizonte.

—Hemos decidido, entonces, la segunda opción por amplia mayoría. Sea pues. Saldremos hacia el oeste mañana al anochecer. Tenéis todo el día para preparar la marcha, recoger vuestras cosas y lo poco de maíz y tabaco que pueda aprovecharse, y despediros de vuestros muertos. La reunión ha finalizado. Id, ahora.

Volvimos a nuestros hogares, que hasta entonces habían sido de barro, excavados bajo la rojiza tierra de nuestro desierto. Sin embargo, ahora

deberíamos idear otros que se adaptasen a nuestra nueva vida de nómadas; unos hogares que puedan ser montados y desmontados con rapidez, y que, aún así, preserven del calor en verano y del frío en invierno. Deberían ser circulares, como nuestros dioses quieren que sean, como todo en nuestra vida, aunque destacarían por su funcionalidad en la aventura que nos disponíamos a emprender. A partir de ahora todo iba a cambiar. Dispondremos de todo un día por delante para despedirnos del hasta ahora nuestro país, y, a decir verdad, sentía yo curiosidad por ver a todo un pueblo como el mío en marcha. Y, por lo que sé, no era yo el único.

DEMASIADO NIÑO PARA MATAR

—¡Danny, no toques ese jarrón! ¡Danny, no...! ¡No!

Me encantaba ver cómo eran las cosas por dentro, o cuando se rompían. A mi madre, no, claro. Se pasaba todo el tiempo detrás de mí para evitar que yo desarrollase mi afición a investigar la esencia de cualquier objeto, así que tenía que zafarme de ella si quería ser yo mismo. Un día abrí un cojín y liberé todo su interior, mientras trataba de explicarle a mi mamá que me gustaba aquel cojín, pero su interior mucho más.

Entonces fue cuando mi madre comprendió que mi vocación de cuna no era otra que la de cirujano, o tal vez ¡la de médico de autopsias!

—John, este niño tiene aptitudes para cirujano. ¡No ha dejado títere con cabeza en su cuarto! ¡Ven a ver esto!

El panorama era desolador: todos y cada uno de mis juguetes descansaban, mutilados, sobre la moqueta color tierra. Las cajas con juegos de construcciones para bebés se apilaban vacías en un montón, mientras en otro se entremezclaban todas las piezas de cada juego. De mis cinco ositos de peluche no quedaba más que un despojo de dachas vacías, cuyos interiores de espuma yacían desparramados por todo el cuarto. Cuando mi madre entró como siempre a recogerlo, no pudo contener un sonoro grito, que mi padre interpretó como un signo de simple estrés de ama de casa. Por eso discutían a veces, porque ella creía que él nunca la tomaba en serio. Pero esta vez mi padre acudió a su llamada, y, cuando vio el terrible desorden en el que yo vivía tan a gusto, no pudo reprimir un comentario mordaz.

—¿Sabes por qué hace estas cosas, Helen? Porque a los leones hay que sacarlos de vez en cuando de su jaula, si no quieres que la conviertan en una leonera. Deberías sacarlo más a menudo a que le dé el aire.

—¡Oh, John! ¡Sabes perfectamente que no puedo más con mi trabajo y el de casa! ¡No puedo más! Lo peor es que no puedo dejar mi empleo, porque necesitamos el dinero... Por eso no hemos tenido más niños, porque no podría atenderlos como es debido.

—La razón por la que no hemos tenido más hijos no es esa, Helen, no te confundas. No los tenemos porque para tenerlos hay que dormir en la misma cama, y además, tú ya no tienes edad.

—¡Oh...!

—No te enfades. Te diré lo que haremos. Hoy tengo que desplazarme hasta uno de los barrios periféricos para hacer un estudio topográfico para construir unas viviendas sociales. Me lo llevaré conmigo. ¿Qué te parece? Se pasará la mañana conmigo, y así tú podrás desentenderte un poco, ¿eh?

—El año que viene ya empezará a ir al colegio, y veré bastante aliviada mi jornada. Está bien, llévate, pero ocúpate de él. Ya sabes que no sirve despistarse ni un momento.

—Descuida, querida, todo irá bien.

Yo por entonces tenía tres años, pero mi sentido de la exclusividad estaba muy desarrollado. Pensaba que era afortunado por haber nacido en los Estados Unidos, en uno de los más hermosos, el de Florida, y que aún lo era más porque mi piel era blanca y pura, y así no tendría que justificar mis actos más que por motivos profesionales, y no por motivos raciales. Veía lo mal que se les trataba por televisión a los “no blancos”, a saber, negros, hispanos, amarillos e indios, y, a mis tres años, respiraba aliviado de no ser como ellos. Dibujaba niños de todos los colores, pero el más grande siempre era el blanco; los demás los pintaba pequeños y enclenques. Mis padres no le daban ninguna importancia a esas primeras manifestaciones de racismo más, incluso se reían al ver los dibujos. Y es que ellos nunca se destacaron como grandes conocedores de la psicología infantil. Ahora sé que, si a un niño se le ríen ese tipo de gracias, será admitir como gracioso un tema que en absoluto lo es, y que si no se le pone remedio, puede convertirse en un poso muy complicado de eliminar. Eso fue lo que me sucedió a mí. Un mal estofado, difícil de digerir. Aunque en mi interior yo me sabía de otra manera; aquella fue una sensación contra la que lucharía durante el resto de mi vida.

Aquel día mi padre me llevó con él a aquel barrio marginal. Se me avisó que no me separase de su lado bajo ningún concepto, porque podrían venir

aquellos chicos negros tan malos y me harían daño. Llegamos, y mi padre saludó al capataz de la futura obra, que ordenaba aquí y allá a sus obreros cómo debían ir apilando los materiales, a la vez que ajustaba el trípode y su material de trabajo. Yo lo miraba desde abajo como asombrado, durante los primeros instantes. Me senté en un bordillo provisional que allí había, y me quedé absorto mirando a todo el mundo. Entonces alguien vino por detrás, y me habló al oído de esta manera:

—¡Eh, niño blanco! Me han dicho que tienes miedo.

Me volví y di un respingo al ver a mi interlocutor. Aún así, recuperé mi compostura y le contesté.

—¡Oh, no! ¿Quién te ha dicho eso? Yo no tengo miedo a nada.

—Todos los niños blancos del centro de la ciudad tienen miedo de los niños negros, siempre, siempre.

—Yo no, porque soy distinto.

—Demuéstramelo. Ven a jugar conmigo a esa cancha de básquet. Tengo balón.

—Yo no sé jugar al básquet. Además tú eres más grande que yo. Me ganarás.

—Lo que pasa es que no vienes porque tienes miedo.

—¡Que no es eso, jolín! Es porque mi padre, que es ese de ahí, no quiere que me aparte de su lado. Dice que puedo perderme porque no conozco este barrio.

—Mira, la cancha está ahí enfrente, no muy lejos de él. Si quieres yo se lo pregunto. Te dejará, ya lo verás.

—Bueno, está bien, pero si dice que no, te irás y no le molestarás más, ¿verdad?

—¿Cómo se llama?

—John.

—Ahora vuelvo.

Nunca había visto a nadie tan tesonero con lo que quería. Tan pesado, diría yo. El caso es que mis miedos se desvanecieron a medida que había estado hablando de él, y eso era tanto como admitir que los tenía. Vi que no quería comerme, sólo jugar unas canastas conmigo. Presencí de lejos como mi

padre negaba con la cabeza, y luego como cedía, viéndose así un poco liberado de mi presencia. A fin de cuentas, sólo iba a cruzar una calle, y él, para verme, sólo tendría que girar la cabeza. El chico volvió.

—Ha dicho que sí. Vamos. Me llamo Lester, ¿y tú?

—Danny – nos dimos la mano.

Empezamos a jugar, y, cuando habían transcurrido unos cuarenta minutos, me presenté ante mi padre con la camiseta llena de sangre que no era mía. Yo tenía un corte bajo la barbilla. Mi padre reaccionó con un buen susto.

—¡Danny! ¡Por el amor de Dios! ¿Qué te han hecho?

—Me caí y me corté con un cristal, aquí –señalé– en la barbilla. Me duele.

Recogió sus cosas enseguida y me llevó a un hospital, en el que me suturaron la herida. Mi padre me preguntaba una y otra vez si lo que le había contado era cierto. Quería saber si podía incriminar a aquel niño por mi herida. Pero lo que él no supo nunca, porque yo no se lo conté fue que Lester quedó tumbado en el suelo, con un cristal clavado en el abdomen, sangrando mucho, y que la herida de la barbilla me la había causado yo mismo, para que la sangre de aquel niño pareciese que era mía. Me entró pánico cuando, en medio del juego, apareció una banda de varios niños, con puñales en las manos, pidiéndonos dinero. Cogí un cristal que estaba tirado allí y me defendí como pude, solo que fue Lester, y no ninguno de ellos, el que se puso entre mi cristal y la pared. Ellos echaron a correr asustados. Uno me amenazó diciendo: “Ya crecerás, te buscaré y te mataré, enano de mierda.” Lester no decía nada, ni se movía, sólo estaba allí tirado. Entonces fue cuando sentí auténtico terror, porque, por primera vez en mi vida, sucedió algo que escapaba a mi control. Por eso me corté yo mismo bajo la barbilla, porque no era justo que aquel niño estuviese sufriendo, tal vez muriéndose, por mi culpa. Volví con mi padre, y el resto ya lo he contado. Nunca supe lo que fue de Lester, si sobrevivió, o si lo enterraron al día siguiente. Lo único que supe fue que algo había cambiado en mí a mis tres años, pues podía ser que yo ya hubiese matado a alguien, demasiado pronto para sentir remordimientos, demasiado infantil para asumir el nuevo terror que yo mismo había creado.

PERRO ALTO

Abrió el día, y con él el dolor de nuestros corazones. La incertidumbre lo presidía todo, pero los rostros sólo reflejaban ahora la pena por dejar atrás una tierra que ya creíamos nuestra, que como nuestra habíamos tratado y sentido. Metimos nuestras cosas en sacos de piel destinados a ser transportados en nuestras espaldas. Cuando faltaban pocos instantes para anoecer, nos trasladamos al cementerio para llorar por última vez a aquellos que íbamos a dejar, esta vez para siempre. Todos absolutamente nos reunimos allí, no faltaba nadie. Entonces, la luna se hizo presente, y el más anciano habló:

—No lloréis, hermanos, por la tierra que dejáis, porque en realidad no la abandonáis, pues cada uno tiene su hogar allí donde siente su corazón. Nuestras almas se quedan, en parte, con aquellos que hoy no podrán acompañarnos. A los mayores os digo que allá donde vamos será nuestro pueblo antes de que vuestros cuerpos sirvan a la tierra de alimento. A los jóvenes, que transmitáis a vuestros hijos, y a los hijos de vuestros hijos, que un día un pueblo valiente se marchó buscando una tierra en la que pudiese honrar a los dioses sin pasar tantas penalidades. No sabemos a dónde vamos, ni si llegaremos todos los que salimos, ni tampoco si el viaje nos será propicio, pero el sacrificio mismo de separarnos de los que tanto habíamos amado será suficiente para que la paz nos acompañe donde quiera que nos establezcamos. Recordadlo siempre, y así nuestro dolor no será en vano.

Una vez que el anciano concluyó, nos pusimos en marcha, en dirección oeste, con la intención de alcanzar el horizonte. Nuestro camino transcurriría a pie, no conocíamos otro medio de transporte, así que el viaje sería largo y duro, eso sin duda. Caminábamos por las noches y por las mañanas. Las

calurosas tardes descansábamos bajo las rocas, mientras los jóvenes núbiles como yo, cazábamos y buscábamos agua para toda la tribu.

Mientras descansaba una tarde a la sombra de un gran cactus, me vino a la mente un pensamiento que aún hoy concibo como desazonador. Pensé que el sol era un dios principal, y sin embargo resultó ser malo para nosotros, porque por su acción demoledora había caído sobre nuestro pueblo, obligándolo a alejarse de sus tierras y sus recuerdos. Y el pueblo éramos todos, pero las súplicas al dios fueron vanas. De no habernos puesto en marcha habríamos muerto de deshidratación. En mi interior pensaba que el dios era malo, y eso hubiera supuesto un grave insulto de mi familia a la divinidad, si hubiera transcendido de mi mente. Todos los miembros de mi casa se habrían visto manchados por mis palabras, y mis futuros hijos, y los hijos de mis hijos. Podrían hasta desterrarnos a todos; pero, a la postre, toda la tribu se había desterrado voluntariamente, así que, la diferencia estaría en el lugar en el que nos asentáramos posteriormente. Me pregunto si alguna otra persona de las nuestras había sentido algo así en su interior, porque nadie puede decir así, tan alegremente, lo que piensa. No se puede, está establecido de esa manera. Hay temas que es mejor no tocar, por el propio bien. En cualquier caso, decidí que lo mejor era olvidarse de todo ello, e iniciar una ceremonia privada de purificación durante el tiempo libre de la siguiente parada.

Nos habíamos alejado ya seis días y seis noches de mis antepasados, cuando algo ocurrió que nos dejó a todos con la boca abierta; tales son las excelencias del viaje y la aventura. Un extraño animal venía hacia nosotros corriendo. Era grande, con largas patas; un lomo horizontalmente dispuesto, con cara de perro, rematada con largos cabellos. Corría desaforadamente, sin rumbo, y por un momento creímos que nos embestiría. Me pareció el animal más extraño, pero también más bonito que nunca había visto, con sus poderosas patas, coronadas las de atrás por una larga cola que caía en cascada, como la añorada agua que tanto buscábamos; su pelo resplandecía negro y lustroso, y corría, y mientras lo hacía un extraño y agudo sonido salía de su larga garganta; un sonido que no podría reproducir un humano muy fácilmente. Era hermoso; su porte denotaba su raíz aristocrática, y ahora recuerdo a todo mi pueblo observarlo atónito, mientras alguna de las chicas gritaba, asustada.

—¿Habíais visto alguna vez algún animal como ese que corre ante nosotros?
— Pregunté a los que me rodeaban.

—Es como un perro muy grande, pero con largas melenas y que corre mucho más —respondió alguien tan boquiabierto como yo.

—Es Perro Alto, el dios de las praderas —aseguró el más anciano.

—¿Y qué es esa especie de manta que lleva sobre el lomo?

—Tendremos que averiguarlo —replicó el más anciano—. Creo que descansaremos hoy aquí. Enviaremos a varios exploradores a reconocer el terreno, para ver si hay más de esos perros por aquí, y quién hace mantas para esconderlos...

El animal se alejó rápidamente mientras hablábamos de él, y no volvimos a verlo. Enviamos a un grupo de exploradores para asegurarnos que era seguro continuar por aquí o por allá, pero, cuando volvieron, aseguraron que no vieron ningún Perro Alto más.

Nuestro viaje continuaba lento, y todos ignorábamos los días que nos quedaban de camino. Por las tardes, mientras dormíamos, yo veía en mi mente venir hacia mí el precioso animal, que se dejaba acariciar y querer por mí. Perro Alto se convirtió en el principal de mis sueños, y cada día, mi única obsesión y deseo era creer que nuestros caminos volverían a cruzarse; así, me pasaba los días escudriñando el horizonte en busca de una vista lejana del espíritu añorado. Pero Perro Alto no volvía, y, por primera vez en mi vida, comencé a sentirme solo, como cuando te abandonan los sueños.

AMAR LA VIDA

—¿Alguno de ustedes es familiar de Daniel Franklin? —La enfermera, más que hacer esta pregunta discretamente a los que poblábamos la sala de espera, la gritó, como quien vende pescado en un mercado de abastos.

—Somos nosotros, enfermera —Helen Franklin contestó abriendo sus casi inexistentes ojos, abrumados por la preocupación.

—Vengan conmigo. El médico que atiende a su hijo en la UCI quiere hablarles.

Nos levantamos de nuestros asientos y seguimos a la enfermera, la cual nos introdujo en un despacho. Estábamos los tres, John Franklin, su esposa Helen, y yo, Selva Schiller, la chica de Daniel. Allí el ambiente era de calma, sus paredes, excesivamente blancas, su pequeño tamaño, lo justo para albergar una mesa de despacho, varios archivadores grises ocultando los fríos y pálidos muros, y las sillas que ocupamos a instancias del médico.

—Les he hecho llamar para hablarles del estado de su hijo Daniel. Por desgracia, su evolución no se produce en el sentido que todos deseáramos. Está en coma profundo. Hay un enorme coágulo que oprime su cerebro, y que hoy por hoy resulta inoperable, debido al lugar delicado en el que se encuentra. Mucho nos tememos que su situación no va a variar en fechas posteriores. Lo siento.

—¿Qué quiere decir, doctor? —Noté cómo le temblaba la voz al antaño duro John Franklin, mientras su mujer y yo nos abrazábamos sollozando.

—El tipo de coma que sufre su hijo es el llamado “coma vegetativo”, un estado del que sabemos más bien poco. Las investigaciones neurológicas van más lentas todavía que la evolución de los enfermos. Cuando se produce un

caso como éste, no se sabe si el paciente reaccionará alguna vez, y mucho menos la fecha. Podría recuperarse esta misma noche, si el coágulo se reabsorbe de forma natural, tanto como dentro de diez años, o quizás no llegue a ocurrir jamás – el médico tragó saliva antes de continuar-. Por otra parte, tampoco sabemos si, en el hipotético caso de que llegue a recuperarse, le quedarán secuelas, o podrá vivir normalmente sin necesidad de depender del hospital. En fin, que lo siento mucho, pero no disponemos de más datos que los que les estoy dando. Es lo que hay.

El pánico se apoderó de nosotros.

—¿Y qué se supone que debemos hacer, doctor? –Helen era el vivo retrato de la desesperación–. ¿Llevármolo a casa, abandonarlo aquí en espera de un milagro? ¿Qué?

—Llevárselo a casa, por supuesto que no. Su vida depende de todas esas máquinas a las que está atado. Sin embargo, hay algo que se puede hacer. No quiero parecerles grosero, pero, dadas las mínimas esperanzas de que su hijo se recupere, tal vez lo mejor sea que piensen en la posibilidad de liberar a su hijo de su sufrimiento.

—Pero... ¿Es que está sufriendo? –ahora era yo la que perdía la compostura.

—Sus lesiones internas son lo suficientemente importantes como para suponer que en estos momentos está sufriendo, sí.

—¿Está sugiriendo, doctor, que dejemos morir a nuestro hijo? –John se mostraba terriblemente indignado.

—Podríamos marcarle un plazo máximo, y si lo cumple sin cambios, podrían considerar la posibilidad de desenchufarlo. Por duro que parezca, piensen que está ocupando una plaza de hospital que bien podría servir a otra persona para salvarle la vida.

—¡Su falta de sensibilidad me sobrecoge, doctor! ¡Jamás autorizaremos algo semejante! ¿No se ha dado cuenta de que él es nuestro único hijo? –Helen enloquecía–. ¡Mientras haya una sola esperanza, una sola, por mínima que sea, aquí estaremos con él, al pie del cañón, esperando el milagro que antes o después se va a producir, porque ÉL AMA LA VIDA!

—La comprendo, Helen. Y me parece loable que vayan a sacrificar sus vidas y sus esperanzas en alguien que vive sólo por mor de las máquinas del

hospital. En fin, yo cumpla con mi deber comunicándoles la realidad, no me lo reprochen...

—¡Usted realizó un juramento, el de Hipócrates, y eso significa salvar vidas, no terminar con ellas para que queden camas libres en su jodido hospital! —Esta vez era John el que hablaba—. Mi hijo seguirá luchando por su vida, y nosotros estaremos siempre a su lado para apoyarle en lo que haga falta. Usted va a seguir informándonos de su estado periódicamente, como es su deber. Y dé gracias a Dios que no pienso denunciarlo por lo que nos ha propuesto. No vuelva a intentarlo, o juro que lo haré sin pensarlo ni un momento...

—Esto que les he dicho es perfectamente legal en este estado. Se le comunica a todas las familias que tienen a uno de sus miembros en un estado similar al de su hijo. No crean que me resulta fácil decirle a unos padres lo que yo les he dicho. Para mí supone una papeleta difícil de ser afrontada, pero forma parte de mis obligaciones como médico. Sé que son momentos muy duros para ustedes, me hago cargo, pero les aseguro que en ningún momento he vulnerado mi juramento. Ahora, si me disculpan, tengo otros pacientes que atender.

Cuando el médico se fue, empezó para nosotros la peor parte: nos desmoronamos sin remedio, abrazados los unos a los otros emitiendo imperceptibles gemidos. El tiempo parecía no pasar, mas lo hacía inexorablemente, mientras el dolor parecía instalarse en cada célula de los que allí permanecíamos. Por fin, tras una larga pausa, intenté decirles algo que rompiese, por un momento, la negra escena.

—Creo que, si vamos a quedarnos a vigilar el estado de Danny, lo mejor será que establezcamos turnos; somos tres, así que tocamos a ocho horas cada uno... ¿Os parece bien?

—Nena, tú no tienes que venir si no quieres. A fin de cuentas, aún no estabais comprometidos...

—Eso no es así. Él y yo habíamos hablado ya de irnos a vivir juntos. De hecho, estábamos mirando ya algunos apartamentos, y me dijo que pensaba decíroslo cualquier día de estos...

—¡Pobrecita mía! —Lo de Helen era realmente penoso—. ¡Habéis tenido tan mala suerte! Pero no te preocupes —se acercó a mi oído— Él se recuperará, lo sé. ¿Qué haremos, John?

—Ella tiene razón, Helen. Dividámonos, porque según el médico, esto puede ir para largo, y debemos mantenernos en buen estado por si despierta y nos necesita. Mientras uno de nosotros se queda, los demás se ocuparán de sus asuntos, comer y dormir bien en casa.

—Entonces esta noche quiero quedarme yo —les dije— con él. Son las once. A las siete espero que alguno de vosotros venga a relevarme.

—Está bien, cariño, pero si hay algún cambio, por pequeño que sea, avísanos, aunque te parezca una hora inadecuada, ¿de acuerdo?

—Lo haré, no os preocupéis. Ahora marchaos. Descansad un poco.

Se fueron. Al lado de la cama de Danny había otra para un acompañante, aunque no me apetecía nada dormirme mientras él luchaba por sí mismo en su interior, a menos de tres metros de mí. Así que, me senté cerca de él. Lo miraba con desconcierto, sin saber qué hacer. Le cogí su mano izquierda, cuya inercia me asustó, y una lágrima encontró su libertad al tiempo que en mi mente un solo pensamiento lo colmaba todo: “¿Por qué...?”

PENSAMIENTOS MUY PERSONALES

“Soy Wiket-nishamaye, y busco un amigo y una tierra para compartirla con él. La soledad me mata tanto como la sed.”

Cuando el sueño me sacudió de su lado, me levanté con la sensación de que me faltaba algo. Cada noche había soñado con Perro Alto, porque creo que necesitaba independizar mis sentimientos de los de mis padres. Ahora sentía que había llegado el momento de mi autoafirmación como casi adulto dentro de la tribu. Decidí tomar parte activa en los asuntos de mi pueblo, aunque me atormentaba pensar que tal vez no fuese el instante adecuado, ni mucho menos el lugar. Nos habíamos alejado ya muchas lunas de nuestro antiguo hogar, y aún no vislumbrábamos ni de cerca el lugar que habíamos, entre todos, soñado.

De la cálida amarilla aridez de nuestro desierto, habíamos avanzado a través de resacos arenales ataviados con ocasionales huesos de animales muertos, plantas que contenían agua en sus inexplorados interiores, aquellas que viven en lugares desérticos, pero que nunca se secan. Mis mayores me enseñaron que, si abres una de esas espinosas plantas, podrías fabricar agua suficiente para calmar la sed. Pero a mí siempre me dio la sensación de que abrirle la barriga a una planta del desierto para sacarle el agua era como robarle lo que ella sabiamente supo administrar, porque conoce el clima en el que vive, y su instinto de supervivencia está tan desarrollado como el nuestro. Varios desiertos recorrimos, y sufrimos algunas bajas. Un anciano, hermano de nuestro jefe Kowanak, falleció durante uno de los descansos entre jornada y jornada. Todos vimos morir a una mujer de la familia de los exploradores, tras un parto que se complicó. El niño sobrevivió, pero su madre no superó la terrible y a la vez hermosa prueba de alumbrar a un hijo. El recién nacido fue adoptado por la familia

de su padre, como era la costumbre en un caso semejante. Esta muerte fue especialmente dura, porque la mujer había perdido a su madre pocas fechas antes de abandonar nuestra seca tierra. Era lo que yo llamaba “el mal de la familia”, como si una desgracia atrajera a otra, y a otra, y así sucesivamente.

Y no es que en mi pueblo no se creyese en la causalidad de las cosas que pasan. Muy al contrario, absolutamente todo lo que sucede obedece a algo que hacemos o que omitimos. Al menos yo lo creo así, y también creo en la posibilidad de volver a ver a mi añorado Perro Alto. Estaba tan seguro de que nuestros caminos volverían a cruzarse, que en la tribu empezaron a llamarme, sin yo saberlo, “El que Desnuda el Horizonte”, como si lo mío con las aves hubiese evolucionado en mí para ampliarse a otros animales, a todos los animales. Por mi continuo espionaje del paisaje, conseguí que alguien me propusiese como nuevo explorador, puesto que acepté de buen grado, ya que así podría vivir más en contacto con la naturaleza. Mi trabajo consistiría en caminar unas horas por delante del grueso del pueblo, para avisar de lo que les esperaba tras cada cañada, tras cada paso, y así, tal vez fuese yo el que anunciase triunfal: “Gran jefe Kowanak, tras esa loma se halla la Tierra, nuestro hogar.” Éramos tres equipos de cuatro miembros los que cumplíamos este cometido. Sabía que esta nueva ocupación mía me reportaría gran prestigio, por eso lo acepté sin dudar un instante. Mi familia acogió la noticia complacida, pues a partir de ahora iba a asumir la responsabilidad de proteger la buena marcha de todo un pueblo, tan lleno de esperanza, que nadie diría que la necesidad había marcado sus últimos tiempos. Y no sólo eso. Noté, desde entonces, cómo las muchachas tonteaban a mi alrededor cuando, cansado, regresaba cada tarde al lugar de parada para referir al Consejo lo que nos esperaba la siguiente jornada. No sé muy bien si aquello sucedía por mi nuevo desempeño en el seno tribal, o porque realmente me había convertido ya en todo un hombre, muy capaz por ello de pensar en fundar mi propia familia. El caso es que me veía siempre vigilado por alguna de las chicas en edad casadera, y cuando cruzaba entre los tipis, las veía reunidas hablando muy bajito y reírse mientras me miraban de reojo. ¡Esas risitas! Sin embargo, yo no me había fijado aún en ninguna de ellas. No quería emparejarme en medio de la precariedad de una marcha sin visos de terminar en breve. Quizás cuando lleguemos al verde valle soñado, o a la pradera surcada por un río de plata que nunca se seca. Quizás entonces. Tal vez.